

OPINIÓN

¿Es el Frente Obrero un movimiento que se da la mano con el fascismo y la ultraderecha?

POR JOSÉ AVILÉS, MIEMBRO DEL FRAP.Y MIEMBRO DE LA DIRECCIÓN DEL PARTIDO DEL TRABAJO UNIFICADO (PTU)

La gran confusión que predomina hoy entre jóvenes contestatarios proclives al marxismo y el comunismo, -y no tan jóvenes-, está haciendo florecer una corriente de opinión que sitúa como principales problemas la inmigración, el posmodernismo ideológico y la existencia de la partidocracia; todo ello envuelto en una declarada defensa de la patria. Eso se concreta políticamente en organizaciones fascistas y de extrema derecha clásica; pero también en el Frente Obrero; una organización que quiere llamarse movimiento. Está sostenido ideológicamente por el Partido

cial al apoyo de medios de comunicación de la extrema derecha. Y ¿Por qué? Se preguntarán algunos. Y la respuesta es que, de considerarse heredero del FRAP, ha pasado a tener numerosos puntos de contacto con los neofascismos. Postulados políticos e ideológicos que se deben al rechazo social que está provocando la aplicación del neoliberalismo capitalista.

Lo cierto es que la situación política y económica, española, europea y mundial se presta a engendros -aparentemente contradictorios- tales como el Frente Obrero en España o un Miley en Argentina, con

el que en una entrevista antes de las elecciones en ese país, Roberto Vaquero--secretario general de Frente Obrero (FO)--muestra su aquiescencia.

Y es que hoy hay sobre la mesa dos propuestas de gestión del capitalismo. Y es que hemos entrado en una fase de descomposición del modo de producción capitalista como consecuencia

del gran desarrollo de las fuerzas productivas en los últimos tiempos. El capitalismo, pues, morirá de



Marxista-Leninista (Reconstrucción Comunista). El Frente Obrero no es muy conocido todavía por amplias masas, pero su popularidad va en ascenso gra-

éxito. Basta ver que su capacidad productiva excede en mucho a la capacidad adquisitiva social. Todo lo producido, o lo que puede producirse, no puede ser consumido, sin renunciar al beneficio empresarial; que es a fin de cuentas el alimento que mantiene vivo al capitalismo. Estamos a las puertas de acabar con la necesidad en el planeta y solamente la propiedad privada de los medios de producción y de los productos terminados se opone a ello. Se trata de la vieja contradicción entre las relaciones de producción (forma en que se organiza la producción, la distribución y el consumo) y el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Estas piden la desaparición del capitalismo. Sin embargo, las clases dominantes no van a renunciar a su situación privilegiada, se aferran con fuerza a ella e intentan conservar el capitalismo, pegando coletazos (gran parte sangrientos) y en todas direcciones.

tipolar -como sugieren los países del Brics-, es posible que cree mejores condiciones mundiales para que se agudicen las contradicciones en el interior de los países capitalistas desarrollados y creen condiciones para resolver la contradicción fuerzas productivas y relaciones de producción; es decir, suprimir el capitalismo como modo de producción dominante. Pero por si sola la pérdida de la hegemonía norteamericana no nos garantiza la desaparición de la propiedad privada de los medios de producción. Como conclusión -y a pesar de que no hay nada predeterminado y que "al ser humano se le ha dado la capacidad de transformar el mundo sobre la base de los existente", está claro que siendo, el imperialismo norteamericano el enemigo número uno de los pueblos del mundo, y la mayor fuente de guerra; su caída puede despejar el camino hacia una sociedad sin clases en varios países.



Esta gran contradicción se expresa en muchas direcciones y en planos distintos. Por una parte, en la pugna de las grandes potencias EE. UU., China, Rusia, UE, y otros países emergentes por hacerse con el control de los mercados y las fuentes de aprovisionamiento mundiales; de lo que se deriva una creciente tendencia a la guerra. Principalmente provocada por el intento de EE. UU. y de los capitalismos europeos de mantener la hegemonía económica y militar, pues le va en ello, no solo poder conservar el dominio político y económico mundial, sino también mantener el conjunto del sistema capitalista tal y como existe en la actualidad. Un mundo ausente del hegemonismo norteamericano y su sustitución por un mundo mul-

Otra de las consecuencias -pero no la única-, de la fase de descomposición del capitalismo en la que hemos entrado, es el aumento de la intensidad con la que los países desarrollados saquean al tercer mundo -tanto en forma de trabajo no pagado como en recursos naturales-, además de la normalización de los conflictos bélicos regionales. Todo ello, en su conjunto, ocasiona un empobrecimiento masivo de varios pueblos de Latinoamérica, y sobre todo de África, y como efecto, un aumento de la emigración hacia EE. UU. y Europa. Emigración que en el momento actual tiene todas las características de una huida desesperada. Lo que facilita el establecimiento de guetos en las grandes ciudades, presiona a la baja sobre los salarios

de los trabajadores del mundo desarrollado, introduce un choque cultural, fomenta el racismo -muchas veces inconsciente y oculto-, detrás de la coartadora de colisión religiosa, de costumbres y hábitos-, que se justifica magnificando un real o supuesto aumento de la delincuencia proveniente de la inmigración. En esa situación no son raras las reacciones violentas de algunas comunidades contra inmigrantes, cuando se producen delitos llamativos provocados por estos, y el surgimiento de organizaciones que intentan cabalgar sobre la xenofobia para ganar influencia política y social. Eso es tradicional en la extrema derecha clásica, pero es algo llamativo cuando es utilizado por un partido con genes de izquierda como el Frente Obrero; aunque no inédito: muchos izquierdistas alemanes e italianos pasaron a engrosar las filas del fascismo y el nacionalsocialismo en los años veinte del siglo pasado, y en la actualidad buena parte de la base electoral del FN de Le Pen en Francia procede de antiguos votantes al Partido Comunista. Esta misma tendencia se aprecia en España, cuando el secretario general del Frente Obrero (Roberto Vaquero) declara públicamente en relación a la posición unánime de la izquierda contra a la masacre del pueblo palestino: que: “dejará de hacerles tanta gracia” lo sucedido el día que gente como los miembros de Hamás “sean más en España”. o “Europa no es islámica y no debe de serlo”, “Ya basta de buenrollismo, no queremos que Europa se convierta en un vertedero multicultural. Si no les gusta como es Europa, que se marchen. Es hora de frenar esto, son la barbarie, es hora de confrontar”. Este año el Frente Obrero ha unido su voz a los grupos de derecha y extrema derecha que se pronunciaban contra la amnistía en Cataluña, para levantar una cortina de humo al grito de “España se rompe”. Cortina de humo que solo busca afianzar la Constitución monárquica de 1978 con una segunda transición, que reajuste los papeles de los partidos políticos, y con ello un nuevo reparto



de la tarta entre las oligarquías.

La problemática inmigratoria se sitúa dentro de un contexto general de empeoramiento de las condiciones de vida y trabajo -que afecta también a la clase obrera de los países desarrollados-, como consecuencia de un capitalismo en descomposición; de du-

ración imprevisible. En efecto, debido a la tendencia a la caída de la tasa de ganancia por el capital invertido, (tendencia formulada por primera vez por Carlos Marx y cuya justeza se comprueba nada más comparar estadísticas de varios decenios), el capitalismo no puede prolongar su existencia si no es a costa de la reducción general de los salarios (ya sea en forma de salario directo o de indirecto en prestaciones sociales, por ejemplo: sanidad o educación) y de imponer una especie de tasa, o gravamen al conjunto de la sociedad consumista para mantener una tasa de beneficios aceptable. Eso último solo es posible en una sociedad en la que el capitalismo ha llegado a concentrar los sectores estratégicos de la economía en una pequeña elite que, suprimiendo el mercado y la competencia, puede establecer precios de monopolio en los sectores claves (electricidad, carburantes, banca, gran distribución, farmacéutica, gran consumo, fuentes de aprovisionamiento energéticas, productos básicos etc. etc. etc. Todo esto se complementa con la búsqueda desesperada de nuevos lugares de inversión para grandes capitales acumulados, cuyo efecto más visible y nefasto para la mayoría de la sociedad se percibe en la privatización de los servicios y prestaciones sociales que hasta el momento eran asumidas como gasto colectivo, y ahora se conciben como nuevo campo de inversión privado. Por otra parte, el desarrollo del capitalismo ha perfeccionado no solo el mercado mundial de productos terminados, sino también la internacionalización de la economía y el desplazamiento de capitales allá donde los salarios son más bajos. La deslocalización de las inversiones y el desmontaje de plantas enteras en los países desarrollados provocan fuerte rechazo entre los trabajadores que se quedan sin empleo. En el campo se vive el mismo proceso en forma de concentración de la propiedad y/o control de la tierra en manos de grandes empresas con vistas a dominar los mercados y la distribución, además de que las

grandes comercializadoras y empresas industriales de transformación de productos del campo, fijan los precios de compra de compra a los pequeños campesinos y ganaderos (por ejemplo, en la leche y productos cárnicos elaborados etc.). El campo es precisamente donde se emplea a la mayoría de inmigrantes y donde la supe explotación de mano de obra extranjera está más normalizada. En fin, podríamos escribir millones de páginas describiendo los planos y direcciones en los que se proyecta el capitalismo y sus contradicciones en la época presente, pero aquí nos limitaremos a algunas de las que se relacionan -y no todas- con ese movimiento

llamado Frente Obrero, cuyo nombre nos remite al Frente Obrero Alemán de Hitler.

Como consecuencia concreta de la crisis del capitalismo y de cómo sus efectos se proyectan en las condiciones de vida y trabajo en países desarrollados y semidesarrollados va creciendo lo que repetidamen-



Más fábricas de coches para África

te llaman “desafección al sistema”; o sea, un rechazo pasivo -de momento- a la democracia burguesa basada en una partidocracia, cuyo fundamento consiste en que los partidos se ofrecen para gestionar los intereses de la clase dominante. Estos partidos deben haber asumido previamente los aspectos ideológicos y sistema de valores del capitalismo en general. O lo que es lo mismo, que su horizonte de sociedad posible no sobrepasa el modo de producción capitalista. Y casi siempre -no siempre-, son seleccionados según la coyuntura política y económica mediante grandes esfuerzos mediáticos para modelar la opinión pública. Los partidos no son ninguna clase social, ni existe ninguna clase política; simplemente son ofertas organizadas para gestionar los intereses de una o de unas clases sociales. En el caso de la clase obrera para que un partido sintetice la aspiración a la supresión del capitalismo debe existir una coyuntura económica y política en la que se haya resquebrajado la influencia ideológica de la clase dominante sobre la dominada.

Pues bien, como cada vez es mayor al rechazo a la democracia burguesa basado en partidos políticos; a los que se les culpa de todos los males y cuyas corrupciones, corruptelas y escándalos descubiertos sirven para esconder las grandes perversiones del sistema capitalista en su conjunto, la reacción primaria de la mayoría social, incluida la clase obrera, es de señalar a los partidos políticos en general -sin entrar en matices- como culpables del empeoramiento de las condiciones de vida y trabajo; de ello que desde hace

años se aprecie una creciente tendencia al apoyo de propuestas políticas que -ignorando la existencia de clases sociales-, proclaman el rechazo a la “casta”, a “los de arriba” a la “partidocracia”, etc. y que puede concretarse en partidos políticos que utilizan ese mensaje simplista para enquistarse en el entramado político e institucional existente (caso de Podemos en España), o en propuestas de carácter fascistas o próximas al fascismo tradicional que empujan hacia una reducción, -cuando no, a una supresión- de las libertades democrática burguesas, sin que por ello su constante apelación a la patria signifique la elección de una vía económica distinta del neoliberalismo económico; con frecuencia se trata de acelerarlo. (caso de Miley en Argentina, y o de Orbán en Hungría).. Ambas se presentan como la superación de la vieja clasificación de izquierdas y derechas, idea que no solo es una reedición parcial del fascismo tradicional, también es agradable a los oídos de ese constructo que llaman “clase media”, y puede alcanzar a sectores radicalizados provenientes de la izquierda (caso de Podemos en sus inicios y ahora Roberto Vaquero). Sin embargo, siendo cierto que una clasificación entre izquierda y derecha no sirve para definir a las clases sociales en el aspecto económico, sí que sirve -en términos políticos-, para que una organización revolucionaria de los trabajadores encuentre sectores potencialmente aliados -por muy transitorios que sean-, en un proceso revolucionario ininterrumpido y por etapas.

Decíamos antes, que encima de la mesa hay dos pro-

puestas para la conservación del capitalismo. Una de ellas es la continuación del sistema neoliberal revestido de un aura ideológica de liberalidad, que hace continuas declaraciones en defensa de las minorías, del feminismo, del animalismo, el ecologismo, el movimiento LGTBIQ, el antirracismo, el derecho al aborto; pudiendo incluir en su catálogo ideológico todas aquellas ocurrencias que surjan, siempre cuando no amenacen el modo de producción capitalista. También estas propuestas ideológicas pueden proporcionar un nuevo campo de inversión, y servir de cobertura a renovación del capitalismo, como por ejemplo la transformación energética y la agenda 2030. De esta forma el neoliberalismo -aunque desate guerras agresivas-, puede declararse defensor de la democracia y los derechos humanos. Y es en la defensa de estos nuevos valores e ideología posmoderna donde confluye el neoliberalismo con la socialdemocracia (pasada ya al neoliberalismo), y con viejos partidos comunistas y sus herederos; que, abandonando el objetivo de suprimir el capitalismo como sus señas de identidad principales, las han sustituido por valores ideológicos posmodernos, muchos completamente disparatados, como la ideología queer. De esta forma, bajo la pantalla de defensa de los derechos humanos, la mayoría de la antigua izquierda revolucionaria se ha convertido en un auxiliar ideológico del capitalismo neoliberal, y un eficaz señuelo para desviar la lucha y contestación al modo de producción capitalista.

La otra propuesta para preservar el capitalismo en la forma neoliberal, es un recurso de gobernanza que se

sostiene sobre una ideología reaccionaria, cuya seña de identidad principal es la apelación a la patria. Pero este es un nacionalismo español no antimperialista, sino centrado en el rechazo a la inmigración -especialmente musulmana-; idea que complementa con la repelencia al movimiento feminista, y con la declaración de guerra a las lesbianas, a los gais, a los transexuales, a los bisexuales y al movimiento queer (teoría que dice que el sexo se elige). Todo ese discurso reaccionario se perfecciona con la oposición a los matrimonios del mismo sexo, el recurso a la religión como complemento a la identidad nacional, la condena del aborto y la lucha cultural e ideológica contra la ideología Woke; a la que acusan de querer imponer un pensamiento único sobre la base de un posmodernismo absurdo. Este movimiento capitalista reaccionario ha encontrado su catapulta en los excesos ideológicos del posmodernismo. En España la “defensa de la patria” no solo tiene características racistas -más o menos encubiertas-, también adquiere forma de enfrentamiento con el nacionalismo periférico y la oposición al derecho a la autodeterminación.

Es decir, tenemos ante nosotros una propuesta de gestión del capitalismo que se sostiene en unos valores ideológicos totalmente contrarios a los posmodernistas y otra propuesta de gestión del capitalismo (que hoy es mayoritaria) sostenida por una ideología, cuyo principal soporte lo aporta una izquierda que, también ha tomado como señas de identidad esos mismos valores posmodernos. En consecuencia, el descontento social provocado por el empeoramiento de las condiciones de vida y trabajo es canalizado,





-gracias a los excesos fanáticos y a veces ridículos de la izquierda posmoderna-, hacia la restricción de las libertades democrático-burguesas, o bien a su supresión. De esta forma la extrema derecha se encuentra consolidada en Hungría, pero tiene un importante peso en Francia, en el norte y centro de, Europa, ha ganado las elecciones en Italia y últimamente en Argentina, y es posible que Trump las gane también este año en EE. UU.

marxismo se ha convertido -junto con la parte más extrema de la derecha-, en el más activo azote de las propuestas posmodernistas sin plantear nada para suprimir el capitalismo. El Frente Obrero llama a la movilización activa en la defensa de la patria -entendida principalmente como freno a la inmigración-, y asumiendo muchos de los planteamientos del fascismo clásico, incluido en sus formas -aún incipientes en el FO-: exaltación del líder (Roberto Vaquero), mucha atención a la simbología y escenografía, campamentos juveniles, concentraciones que simulan desfiles militares, espíritu de secta, exaltación de los prejuicios tradicionales de las clases medias, un oportunismo político que le lleva a sumar su voz a aquellos que califican a Hamas como terrorista, aportando argumentos a quienes defienden la masacre del pueblo palestino a manos de Israel. Las acciones más llamativas del Frente Obrero han sido las de acosar, perseguir y abuchear a dirigentes de la izquierda posmoderna, y organizar manifestaciones con forma de desfile militar. Últimamente está desarrollando una campaña contra la inmigración musulmana en la que



La gigantesca campaña de confusión ideológica que una y otra propuesta de gestión del capitalismo lleva a cabo a nivel mundial, les conduce a acusarse mutuamente de fascistas e inventar términos vacíos como iliberales, o anarco-liberal y hasta provocar imbéciles debates académico sobre su definición; en los cuales las clases sociales han desaparecido por arte de magia.

Lo grave, es que, como respuesta a esa comunión ideológica posmoderna, de la mayor parte de la izquierda con el tipo de neoliberalismo dominante ideológicamente ahora, un sector que se reclama de

intenta implicar a sectores obreros golpeados por las crisis del capitalismo.

Un partido político que no hace propuestas concretas no llega a ninguna parte, pero para hacer propuestas concretas debe estudiar el marco general, al igual que el campesino debe conocer el clima, las propiedades de la tierra y las estaciones más adecuadas para saber qué es lo que siembra y cuando lo siembra. El Frente Obrero, -según su programa de 21 puntos- se limita a hacer una copia y pega muy superficial, de reivindicaciones tradicionales de la izquierda reformista, que curiosamente critica por posmodernas. Esta crítica es la misma que utiliza la extrema derecha para pre-

sentarse como “antisistema”. Y es que, esta última, aprovecha los excesos ideológicos más destacados y obsesivos de la izquierda posmoderna y reformista, para dar argumentos a su modelo de capitalismo -por lo menos-, autoritario.

El FO, dice en el prólogo al primer punto de su programa -como casi de pasada y sin desarrollar nada- que su objetivo es la sociedad socialista y que “abogará por la República Popular y Federal. Pero incluir la palabra socialismo no significa nada, también en los estatutos del PSOE figura la intención de acabar con las clases sociales, y también el fascismo, y muchos movimientos de extrema derecha y fascistas dicen que son revolucionarios.

Este programa del FO no aporta, ni un solo análisis serio -ni no serio- de las contradicciones del capitalismo, ni una sola reflexión de los motivos por los que propone el socialismo, y la República Popular y Federal. En contrapartida todos los puntos concretos de su programa parecen destinados a reformar el marco monárquico constitucional actual, e incluso proponen que el Estado recupere competencias que hoy son de comunidades autónomas, por ejemplo, como policía, sanidad o educación. Su programa está repleto del relato de lo que todos conocemos de los males del sistema a través de los medios de comunicación; ni un mínimo análisis de las clases sociales en España; ni una sola referencia a las particularidades de la fase imperialista del capitalismo en la que nos encontramos, ni una sola propuesta táctica que enlace su largo, y superficial, programa de reforma del capitalismo (dentro del marco constitucional vigente) con el objetivo estratégico del socialismo; ni un mínimo análisis del contexto internacional como marco general que influye en España -salvo para hablar de la inmigración, el peligro musulmán, la defensa de la españolidad de Ceuta y Melilla y la recuperación de Gibraltar-, solo se limita a pedir la salida de la OTAN y de la Unión Europea, -porque sería muy descarado no hacerlo-, pero guarda silencio total sobre las bases militares estadounidenses en España.



Aunque en el punto primero de su programa el FO declara que: “El Frente Obrero ha nacido para cambiar esto, para que cada obrero en este país vea su realidad y sus demandas reflejadas en una política

firme, sin concesiones, que luche por algo más que cuatro reformas que no cambian nada y que apueste por la transformación de la sociedad, por la emancipación de nuestra clase”, su programa -en la mayor parte- es una serie de promesas de “gestión justa” dentro de la aceptación del sistema monárquico existente -tal y como vienen haciendo el PP y el PSOE y la izquierda reformista, durante 45 años-. Es decir, sin preocuparse de enlazar los puntos concretos de su programa con propuestas que permitan levantar una alternativa política de masas, no ya hacia el socialismo, es que ni siquiera hacia la ruptura con el régimen del 78. Y cuando propone “la nacionalización de los sectores estratégicos” -como toda la izquierda- prescinde decir a que se refiere. Por el prólogo que precede a ese punto del programa, parece que no relaciona los sectores estratégicos con el saqueo que sufren las clases populares a manos de las energéticas, eléctricas, farmacéuticas, banca, gran distribución y aquellos sectores económicos que pueden controlar el mercado y aplicar precios de monopolio, sino exclusivamente con una soberanía nacional de ritual, -que al igual que los partidos posmodernos-, prescinde de considerar el entrelazamiento económico internacional para soñar con un imposible retorno a la sociedad keynesiana



La intención de integrarse dentro del sistema existente del Frente Obrero se rastrea cuando desde el punto primero al último -que detalla sus objetivos-, abundan las palabras como: Reforzar, Controlar, Derogar inmediatamente en los apartados a) y b) del artículo 11 del Real Decreto 17/1977, Fortalecer la negociación colectiva, Combatir el trabajo precario, Establecer cuotas justas, Fomentar la lucha contra la temporalidad, Acabar, Promover etc. Eso sí, todos los prólogos a los puntos del programa del Frente Obrero utilizan un lenguaje, que rezuma a cada paso un odio visceral, no al capitalismo, ni a la oligarquía española, ni al imperialismo, sino a la izquierda posmoderna y más disimuladamente a la emigración de origen musulmán. Tal saña invalida al FO para criticar a la izquierda posmoderna por su comunión ideológica con el neoliberalismo, y por

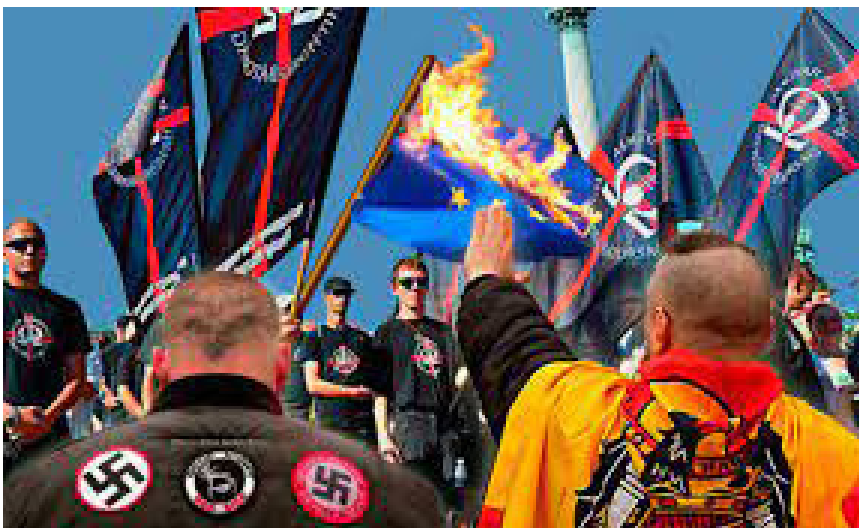
su reformismo. Reformismo al que, por otra parte, el FO ha copiado en su programa, pero aliándolo con dosis de neofascismo. De esta forma, lo importante para el FO no es lo que dice o propone -igual defiende ahora ese programa de reformas que puede defender el contrario- lo importante es la escenografía, el énfasis en palabras radicales y la utilización de mensajes simplificados para captar la rebeldía de la juventud con un futuro incierto y una clase obrera y sectores medios golpeados por el neoliberalismo. El absurdo del FO llega a tener la desfachatez -o ignorancia- de presentarse como un partido antisistema, que no quiere tratos con los partidos de izquierda porque -según dice- todos son partidos del sistema-, y a la vez ofrecer un programa de reforma del capitalismo copiado -en su mayor parte-, de esos mismos partidos que critica.

Lo más peligroso del FO, es que, con la excusa de la defensa de patria, de la identidad nacional etc. el Frente Obrero pone el énfasis -al igual que los neofascismos- en solo una de las consecuencias del capitalismo, que es la emigración, pero no propone nada para eliminar las causas que la provocan, salvo su freno e incluso represión. Las consecuencias de la emigración -legal e ilegal- es una de las lacras del capitalismo hoy -todas ellas conectadas-, lo mismo que la pérdida de poder adquisitivo, la bajada de los salarios, el deterioro en sanidad y educación, la ofensiva contra las pensiones, el saqueo a que está sometida toda la sociedad, el encarecimiento del precio de la vivienda, las bolsas de pobreza de españoles e inmigrantes -legales e ilegales-. La obligación de una organización revolucionaria de trabajadores es, partir del principio de solidaridad de la clase obrera (víctimas del sistema tanto española como inmigrante), e intervenir en el terreno de las protestas que surgen

lucha por la emancipación puede adquirir otra forma táctica, en realidad, la contradicción fundamental del capitalismo sigue siendo clase obrera y burguesía, cosa que debe ser el faro que oriente toda acción política concreta.

Es imprescindible una alternativa ideológica de los trabajadores propia, independiente de estas guerras ideológicas que libran dos sectores capitalistas para intentar preservar el sistema. Y eso pasa por vincular el logro de la igualdad entre hombres y mujeres, la desaparición del racismo, la xenofobia y la discriminación, a la existencia de una base material que lo permita; a la existencia de unas nuevas relaciones de producción, distribución y consumo igualitarios, que hagan imposible la asignación de ninguna función social ni convivencia a personas en razón del sexo, o raza etc.: salvo la de la simple reproducción de la especie, que además debe ser entendida como responsabilidad social. Solo en condiciones materiales socialistas -por oposición a capitalismo-, se podrá acabar con el lastre ideológico histórico, que subsiste, en relación a la supremacía del hombre sobre la mujer, y otras discriminaciones que se ejercen sobre minorías de cualquier tipo o raza.

El mundo de las ideas -y la discriminación es una de sus formas-, es una proyección de las condiciones de existencia. Por eso la desaparición de todo tipo de discriminación está vinculada a la existencia de una sociedad sin clases sociales. Dejar de lado la lucha constante contra la discriminación unida a la de la clase obrera, suponer que se puede desvincular una cosa de otra, creer que se puede hablar de desaparición de las discriminaciones (sexo, raza, orientación, sexual etc.) simplemente clamando contra ellas en el contexto de un modo de producción que las reproduce -como hace la izquierda posmoderna-, tiene la misma eficacia que la caridad cristiana para erradicar la pobreza. Y eso merece nuestra crítica y denuncia, pero eso no significa pasarse al campo ideológico de la defensa de una propuesta reaccionaria como hace el Frente Obrero, sino defender una propuesta de clase obrera independiente de las dos propuestas para gestionar el capitalismo puestas hoy sobre la mesa.



para crear conciencia de clase obrera -a pesar de su fragmentación hoy y casi siempre- y acumular fuerzas con el objetivo de acabar con el capitalismo. Por tanto, es profundamente reaccionario, la propuesta del FO de dividir a los trabajadores entre españoles e inmigrantes (encubierta añadiendo la palabra "ilegales"; artimaña que es descubierta cuando habla de defender identidad nacional española). Aunque la